

Presentación

Diríase que cuando Diego de Silva Velázquez se pintó a sí mismo como caballero de la Orden de Santiago en *Las Meninas* quería prestigiar su oficio. Y no sólo por la posición social alcanzada. De soslayo estaba redimiendo a la pintura de aquella falta de consideración que le había reservado un puesto entre las artes «mecánicas», por debajo de las más solemnizadas «artes liberales». Esta anécdota, entre mil, presagia esa paulatina toma de conciencia que el hombre moderno fue cobrando de la necesidad de pensar la experiencia estética. De que ella no quedaba suficientemente apresada en la reflexión sobre el conocimiento y la voluntad del hombre.

Ciertamente, esta experiencia no concierne sólo a la manifestación artística. Si algo parece claro desde la *Aesthetica* de Baumgarten hasta nuestros días es la falta de simetría entre lo estético y lo artístico. Ni todo lo artístico es estético, ni todo lo estético es arte, ni la dimensión estética del ser humano se agota en el objeto que llamamos belleza, ni ésta puede identificarse sin más con una cualquiera de las bellas artes (*id quod visum placet*), ni un tratado de Estética puede prescindir de otras dimensiones del ser humano o proceder con autonomía del resto del cuerpo de la filosofía.

Pero puesto esto, las preguntas surgen a borbotones. ¿Existe una facultad de lo estético? ¿Puede entrenarse la capacidad de percibir estéticamente? ¿Es lo estético una experiencia discontinua? Y en tal caso, ¿qué condiciones han de darse para su actualización? ¿Se puede hacer ciencia o sólo crítica de lo estético al modo kantiano?

Parece que un tratamiento adecuado de lo estético no puede prescindir de una mirada integral al ser humano. Desde ahí, la sugerencia de Tomás de Aquino al concebir el *pulchrum* como resplandor del ser, de un ser que atraviesa nuestra experiencia de la verdad y de la belleza, puede no carecer de importancia a la hora de articular el fenómeno estético. Y algo semejante cabría decir de quien en nuestro tiempo ha pensado ese fenómeno en el seno de nuestro atemperamiento a la realidad. Desde el pasado y desde el presente se nos brindan luminosas ideas para pensar la estética en unos tiempos que muchos consideran estéticos.